



(Muerte de Luis XI, dibujo inédito de Tonny Johanot.)

EL CRISTIANISMO.

(Conclusion. — Véase el número 42.)

La esclavitud, base y vicio radical de las antiguas sociedades, estaba prescrita en Roma por las leyes. El imperio estaba poblado de esclavos, que no eran mirados como hombres. La ley los consideraba como *cota*, como propiedad de sus señores ellos y sus hijos. La mas ligera falta, el mas leve descuido en el servicio doméstico, autorizaba al señor para arrojarle al vivero de los peces. Podia matarle, ó venderle, ó echarle á las fieras, y los enfermos eran despedidos y abandonados como muebles inútiles. La mas remota sospecha bastaba para entregarlos á la tortura, y la legislación prescribía los tormentos, las planchas de hierro candente, los garfios para despedazar las carnes, los potros en que se estiraban los miembros hasta descoyuntar los huesos. Un pueblo en que el homicidio se habia convertido en espectáculo de placer, un pueblo á quien se divertía con juegos y fiestas que duraban ciento veinte y tres dias, en cuyo espacio morían en la arena diez mil gladiadores, ¿podia tener sentimientos generosos y humanitarios?

Ejerciase una tiranía legal hasta en el hogar doméstico. Los derechos del padre sobre los hijos eran los derechos de un tirano, y las mugeres, esa preciosa mitad del género humano, eran miradas por los romanos como esclavas. Pobres y ricos rehuían el matrimonio, los unos por la falta de medios con que sustentar la familia, los otros por preferencia á las caricias fácilmente compradas en un celibatismo licencioso. Hubo necesidad de establecer leyes penales contra los célibes, pero la union á que muchos se sujetaron por no incurrir en las penas de la ley Pappia-Poppea vino á hacer del matrimonio una vergonzosa prostitucion. Habiendo caído en desprecio, se facilitaron los divorcios, y llegó á hacerse legal el adulterio. Juvenal nos habla de una muger que llevaba ocho maridos en cinco otoños, y San Gerónimo testifica haber visto en Roma á uno que enterraba á su vigésima prima esposa, la cual á su vez habia tenido veinte y dos maridos. Júzguese cuál debería ser la educacion de los hijos: sirviéndoles de estorbo y de carga, ó perecían antes de nacer, ó los dejaban abandonados, esponiéndolos en la via pública.

En ayuda de una religion y de una legislación que así autorizaba

ban la tiranía y la esclavitud, y que así conducían á la disolucion de costumbres, vino la filosofía de Epicuro, trasportada de Grecia, con sus doctrinas de egoismo material, de goces y de placeres sensuales, á poner el sello del refinamiento al egoismo y á la sensualidad romana. Abrazáronla emperadores y patricios, y entregáronse sin freno á todos los goces del lujo, de la lubricidad y de la crápula, llevando el fausto, la molicie y hasta la gula á un grado que nos cuesta hoy violencia creer aun, atestiguándolo unánimemente todas las historias romanas, y que dejaba atrás el lujo y la delicadeza tan ponderada de Asia.

El oro, la plata, el marfil, la concha, el ébano y el cedro, eran las materias comunes del ajuar de sus palacios. Caligula hizo guardar de perlas las proas de las galeras de cedro en que costó las deliciosas playas de la Campania. Con perlas adornaba Neron los lechos de sus liviandades. Con perlas ataviaban las nobles y ricas matronas su cabeza, su cuello, su pecho, sus brazos, y hasta sus piernas. Lolia Paulina llevaba un aderezo que se valuaba en cuarenta millones de sextercios. La Arabia, la India, la Persia, el Africa, el Oriente, el Mediodía, el Norte, los mares, los golfos, las islas, los bosques y los campos de todas las regiones, no bastaban á surtir á los voluptuosos romanos de perfumes y aromas, de perlas, de piedras preciosas, de telas, de metales, y de maderas olorosas. Cada magnate sostenía una turba de perfumistas, bañistas, y otros ministros de la molicie y de la afeminacion: las ricas matronas, además de la multitud de mugeres que en su tocador empleaban, hacían gala de no presentarse en público sin un cortejo numeroso de eunucos, de galanteadores y ruñanes, y de otros viles servidores de la prostitucion. De Neron dice Plinio que hizo derramar en la pira de Popéa tal copia de bálsamos esquisitos que toda la Arabia no podria producirla en un año. Y Adriano el filósofo, el que viajaba á pié y con la cabeza descubierta, regaló en una ocasion en honor de su suegra y de Trajano á todo el pueblo de Roma una cantidad prodigiosa de aromas preciosos, é hizo correr los bálsamos y los ungientos por el vestibulo y graderías del teatro.

Nada hay sin embargo que represente el desarreglo, el estrago, la locura á que habian llevado sus goces los voluptuosos y corrompidos emperadores de Roma, como la descripcion que hace Lampridio de la vida de Eliogábalo. «Alimentaba (dice) á los oficiales de su palacio con entrañas de barbo de mar, con sesos de faisanes y de toros, con huevos de perdiz y cabezas de papagayos. Daba á sus

3 DE NOVIEMBRE DE 1850.

«perros hígados de ánades, á sus caballos uvas de Apemenes, á sus leones papagayos y faisanes. El comía carcañales de camello, crestas arrancadas á gallos vivos, lenguas de pavos reales y de ruiseñores, guisantes mezclados con granos de oro, lentejas con piedras de una sustancia alterada por el rayo, habas guisadas con pedazos de ámbar, y arroz mezclado con perlas... Un día ofreció á sus parásitos el ave fenix, y á falta de ella mil libras de oro... Eliogábalo (dice el mismo historiador) nadaba en lagos y en albercas rociadas de bálsamos los mas exquisitos, y hacia derramar el nardo á calderadas... Llevaba un vestido de seda bordado de perlas, nunca usaba dos veces el mismo calzado, ni la misma sortija, ni la misma túnica: no conoció jamás dos veces una misma mujer. Los almohadones con que se acostaba llenábanse de una especie de vello de pluma de las alas de las p rdices. A un carro de oro embutido de piedras preciosas (porque despreciaba los de plata y de marfil), unía dos, tres, y cuatro mugeres hermosas con el seno descubiertito, y hacia que le arrastrasen en su carroza. Algunas veces iba desnudo como su elegante tiro, y rodaba por debajo de los pórticos, sembrados de lentejuelas de oro, como el sol conducido por las Hórras (4).» No sabemos cual irrita mas, si el refinado lujo ó la estragada lujuria.

Tal depravacion de costumbres trajo tras sí el escepticismo, y la filosofía escéptica hizo alianza con la sensualidad epicúrea. Era consiguiente la incredulidad, nacida en los perversos patricios de su misma relajacion, en la plebe de la imitacion y de la ignorancia. El populacho se entregaba simultáneamente á los vicios de la supersticion y á los de la incredulidad. Los hombres ilustrados, los que al mismo tiempo eran almas fuertes y espíritus generosos, buscaron un asilo contra la corrupcion en las doctrinas de otra filosofía, en el estoicismo, «noble consuelo, dice un erudito escritor, para las almas solitarias, pero estéril para la sociedad.»

En efecto, ¿á que conducía el estoicismo? ¿á que guiaba? Al desprecio de la vida, al suicidio. Si no podeis soportar tanta disolucion, si os desesperan los males de la humanidad, les decía Séneca, *suicidaos*. La escuela estoica enseñaba á los individuos á desprenderse de la vida con fria insensibilidad, con la impasibilidad del fatalismo; pero no hallaba medio de corregir los males que sentía la humanidad sino destruyéndola. Sabian los estoicos morir y no sabian vivir. Eliogábalo mucho la serenidad de aquel ciudadano, que condenado á muerte por Caligula, y como se hallase jugando á las damas cuando entró el centurion á anunciarle que era llegada la hora de morir, respondió: *aguardad un poco, voy á contar los peones*. ¿Y qué ganaba con esto la sociedad? Mejoraban algo las costumbres con que hubiera algunos hombres á quienes no les importaba mas vivir que morir? Hasta llegó á perder el mérito aquel valor, si valor en ello habia, puesto que se practicaba ya por vanidad, añadiéndose así otra corrupcion nueva en vez de corregir la corrupcion antigua. Por otra parte aquella filosofía no descendía al vulgo, que no entendía la metafísica en que iba envuelta. Los emperadores que la practicaron, los Nervas, los Trajanos, los Adrianos, y los Marco Aurelios, reunieron una mezcla de virtudes y de vicios que los hacía cometer ó crueldades ó extravíos: echaron de menos los grandes hombres y no pudieron formarlos.

Aquel estado del mundo era intolerable. Había una necesidad de creer, y nadie creía: habia una necesidad de reformar las costumbres públicas, y nadie hallaba el medio de reformarlas. El politeísmo habia recorrido todas sus facies, y se encontraba desahereditado; se recurría á las escuelas filosóficas, y las unas desmoralizaban mas, y las otras eran incapaces para contener la desmoralizacion. Necesitábase una revolucion general en los espíritus y en los corazones. La humanidad necesitaba de un asilo, de un consuelo, de un principio moralizador. ¿Dónde se encontraba? ¿De dónde habia de venir? ¿Del cielo ó de la tierra? Del cielo y de la tierra vino juntamente.

En un rincón de la Judea habia nacido el que tenia la mision divina y sublime de regenerar el mundo. «De la humilde cabaña de Galilea, dice un elocuente escritor contemporáneo, salió la buena nueva pregonando un Dios único, la fraternidad, la igualdad de los hombres, y un reinado de virtud, de verdad, y de justicia... Desde ahora la unidad de Dios enseña la unidad del género humano. Queda prescrita la inocencia, no solo en las obras sino tambien en el pensamiento emancipado. Hasta entonces el único medio de poderío y de gloria habia sido la guerra, el único objeto de los héroes la conquista; se habia declarado la servidumbre como un hecho necesario, natural, equitativo; y condenado el esclavo á todas las miserias, y ademas al embrutecimiento intelectual y moral, vivía sin existencia religiosa, sin afecciones, sin legítima descendencia. Ahora una nueva palabra, la caridad, hace menos pesadas las cadenas, mientras logra romperlas del todo: la paz universal es proclamada, y quedan estinguidos los privilegios de nacimiento y de conquista. Propende

todo á inspirar horror á la efusion de sangre.... Véase aparecer el modelo de una sociedad sobre la combinacion de formas pacíficas, de un poder espiritual en su esencia, ópuesto á los excesos del poder armado; el modelo de una fraternidad de naciones, que en vez de aniquilarse unas á otras se comunican para perfeccionarse mutuamente. ¿Y quién ha obrado este prodigio? Un artesano de Galilea.»

Vino, pues, el cristianismo y el mundo oyó por primera vez: «no hay mas que un solo Dios verdadero.» Habian pasado cuatro mil años, sin que nadie hubiera dicho á los hombres: «*todos sois hermanos; haced bien á vuestros mismos enemigos*»; hasta que Cristo vino á enseñarles esta sencilla máxima que á todos se les habia escapado. A los tiranos les dijo: «*todos los hombres son iguales ante Dios*»; y los rebajó hasta nivelarlos con los oprimidos. A los esclavos les dijo: «*todos los hombres son libres*»; y los elevó hasta igualarlos con los emperadores ante la presencia de Dios. A los epicúreos: «*los goces materiales no hacen la felicidad del hombre, porque hay en él algo mas elevado y noble que la materia y el cuerpo*»; y á los estoicos: «*no os suicideis, porque el disponer de vuestra vida le toca solo á Dios que os la ha dado, y porque hay otra vida mas allá de es e mundo*»; y les enseñó la inmortalidad del alma. Dijo á los pobres: «*bienaventurados los humildes*»; y los consoló. Y á los ricos: «*la mayor de todas las virtudes es la caridad*». Los sábios habian ignorado el medio de contener la corrupcion universal, y Cristo se lo enseñó con la doctrina y el ejemplo. Santificó el matrimonio, y haciendo á la muger compañera del hombre y no esclava, emancipó con esto solo á la mitad del género humano. No habia salido doctrina semejante de las escuelas de Pitágoras ni de Epicuro, de Sócrates ni de Platon.

La revolucion moral que necesitaba el mundo quedaba iniciada. Como religion, aventajaba el cristianismo á todas las religiones fundadas sobre el politeísmo: porque en vez de dioses cargados de flaquezas ó de vicios humanos enseñaba á adorar un solo Dios puro y sin mancilla. Como filosofía, era mas digna, mas elevada, mas sublime que cuantas habian producido las academias, porque enseñaba la fraternidad universal: como sistema de gobierno, ninguno mas aceptable, mas noble, mas liberal, que el que daba al hombre derechos que no habia gozado nunca, el que arrancaba la humanidad de la dominacion de la fuerza bruta, el que proscribía la tiranía, abolía la esclavitud, y proclamaba la libertad, la igualdad, la emancipacion del pensamiento; el que decía á los súbditos: «*obedeced, pero sin servidumbre*»; y á los príncipes: «*gobernad, pero sin tiranía*»; el que prescribía, en fin, dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Los hombres escarnecieron al que se anunció como regenerador del mundo sin espadas y sin ejércitos al que se presentó como moralizador y civilizador, y le hicieron sellar con su propia sangre su doctrina. Todo estaba previsto, ó por mejor decir, todo estaba decretado, y el Hombre-Dios quiso dejar al mundo el ejemplo mas sublime que ha podido concebirse de abnegacion, de amor y de caridad. Fué el primer mártir de su culto. El se habia presentado humilde, y los que despues de él se encargaron de propagar su legislacion eran tan pobres y tan humildes como él. Hasta entonces, todos los sistemas filosóficos, todas las creencias religiosas habian nacido en los entendimientos de los sábios, de allí se trasmitían á las inteligencias de segundo orden, y poco á poco se difundían por el pueblo. Este es el órden natural de las influencias. El cristianismo, al contrario, tuvo por primeros propagadores á artesanos pobres y de ingenios rudos: de allí subió á las escuelas, se difundió entre los sábios y filósofos, y habia de remontarse hasta el trono de los Césares. O en el fondo de la doctrina, ó en el modo de su propagacion tenia que haber algo de sobrenatural. Habíalo en uno y en otro.

Sublime contraste formaban las costumbres de los primitivos cristianos con las que seguian practicando los hombres de la antigua sociedad. De parte de los paganos, disolucion, inmoralidad, prostitucion; de parte de los seguidores de Cristo, moralidad, pureza, inocencia. Mientras los mancebos idólatras acudían anualmente al sepulcro de Diócles, donde se coronaba al mas lascivo, los cristianos proclamaban la virginidad como el estado mas perfecto del hombre. Mientras aquellos pasaban la vida en la embriaguez de los deleites, en doradas viviendas, entre aromas y perfumes, en opíparos banquetes, donde tenían que discurrir como excitar su apetito ya embotado, estos recomendaban y practicaban la mortificacion y la abstinencia, sus comidas eran frugales y reguladas por la necesidad, no por la gula; vestían modestamente, menospreciaban el lujo y el fausto, y no mantenían esclavos ni eunuocos. Mientras los idólatras repudiaban diariamente sus mugeres, esponían sus hijos en los caminos ó en las plazas públicas, y hacían de la ley del divorcio un comercio de prostitucion, los cristianos predicaban la indisolubilidad del matrimonio, hacían de la fidelidad conyugal una de las primeras virtudes y una prenda segura de la felicidad doméstica, y mirando como un deber sagrado el sustento y educacion de los hijos, estre-

(1) Lamprid. Hist. Aug. in Vit. Eliog.

chaban las relaciones de familia con lazos de amor. Mientras aquellos asistían con placer á las gemonias, ó se recreaban con los sangrientos espectáculos del circo, y se saboreaban con los sacrificios humanos, estos visitaban á los presos en los calabozos, socorrian á los necesitados en sus humildes cabañas, asistían á la cabecera de los enfermos, y consolaban en el lecho del dolor á los moribundos. De un lado había un pueblo miserable y esclavo recogiendo las migajas de las mesas de los opulentos patricios, de otro familias que partían entre sí fraternalmente un pan de caridad.

Semejantes prácticas eran una acusación, una censura elocuente de los vicios dominantes, y los que así obraban no podían menos de ser objeto de las iras de los disipados emperadores y de los prefectos libertinos. De aquí esa lista de edictos sanguinarios, esas persecuciones, esos refinados tormentos, esos suplicios atroces, esas diez batallas generosas que sostuvieron los cristianos desde Neron hasta Diocleciano, incluso los Antoninos, aquellos príncipes humanitarios que merecieron ser llamados las delicias de la tierra, pero que no se eximieron de ensangrentarse contra los que se negaban á quemar incienso en los altares de los dioses del imperio. No había medio para los cristianos de librarse de la persecución. Si se congregaban á la luz del día con el fin inocente de celebrar los misterios de su culto, eran perturbadores de la pública tranquilidad. Si huyendo del hacha del verdugo se retiraban á las catacumbas á comer el pan eucarístico, eran sociedades secretas que conspiraban contra el estado. ¿Aligía una guerra al imperio, ó le desolaba una peste? La culpa tienen los cristianos, gritaba el populacho; y el emperador decretaba: *cristianos á las hogueras*. ¿Sobrevinía una sequía, un hambre, un incendio? La culpa tienen los cristianos, decía el emperador; y el pueblo gritaba: *cristianos á los leones*. Y los cadáveres de los cristianos palpitaban en los anfiteatros, sus entrañas desgarradas por tigres ó por leones cubrían la arena del circo, y los que no eran derretidos en las llamas, eran despidados de lo alto de una roca, ó despedazados en ruedas de cuchillos, ó arrojados á las aguas del Tiber.

¿Y quiénes eran esas almas heroicas que tan rudas pruebas sufrían sin desaliento, y así desafiaban á los verlugos, á quién se fatigara primero, y á quién faltara mas pronto, si las víctimas ó los sacrificadores? ¿Eran guerreros avezados á los peligros y familiarizados con la muerte? ¿Eran temperamentos robustos, ejercitados con la fatiga y endurecidos con el trabajo? Eran muchas veces viajeros encorvados con el peso de los años, eran pontífices y sacerdotes encamados á la sombra del santuario; eran á las veces tiernos niños que apenas se habían desprendido del regazo maternal; eran delicadas doncellas que no habían probado otras caricias que las de sus padres, y que caminaban al suplicio como si camináran al festín de las bodas: no por hastío de la vida como los estoicos, sino con la esperanza de otra vida mejor. ¿Quién inundaba tanto aliento á gentes tan flacas? ¿Quién trasformaba á los débiles en fuertes? ¿Qué secreta inspiración los conducía al heroísmo?

El pueblo lo veía, lo contemplaba y lo admiraba; los hombres no querían ser menos héroes que las mujeres, y acababan por convertirse á aquella religion que parecía tener el privilegio de vigorizar las almas. El pueblo por otra parte oía por primera vez sonar en sus oídos una doctrina filosófica que comprendía, un principio social que estaba al alcance de su inteligencia, reflexionaba sobre él, y deducía cuánto iba á mejorar su condicion en el caso de que prevaleciera. El pueblo, á quien ningún filósofo había enseñado todavía, ni él se había imaginado nunca que podía dejar de ser esclavo, oyó predicar una doctrina que condenaba la esclavitud en nombre de Dios (1), y se fué adhiriendo á ella, porque los mas dispuestos á creer son siempre los mas oprimidos. Los poderosos la rechazaban, porque les era violento renunciar á los gozes materiales á que estaban tan apegados.

Poco á poco fué penetrando la nueva doctrina en las escuelas, y se hizo objeto de examen y de discusión entre los sábios. Compararon los filósofos á Sócrates con Jesus, y en el primero hallaron toda la grandeza de un hombre, en el segundo toda la grandeza humana y toda la grandeza divina. Cotejaron la filosofía del Evangelio con las de Aristóteles, de Platón y de Epicuro; pusieron el Dios de los cristianos al frente de todos los dioses del gentilismo, y resultó de la comparación que los sábios no solo se hicieron creyentes, sino que se convirtieron en apologistas del cristianismo. Aquella doctrina que al principio habían llamado por desprecio *stultitia, insipientia, insanía*, era lo mas sublime que había salido de la boca de los instructores y de los legisladores de la humanidad. Los filósofos vinieron enton-

ces en apoyo de los apóstoles, y los académicos continuaron la misión de los artesanos. Entonces salieron los elocuentes escritos apologeticos de Justino, de Tertuliano, de Clemente de Alejandria, de Cipriano, de Lactancio y de Orígenes, desafiando á toda la sabiduría pagana. «Desgarraré el velo que cubre vuestros misterios, les decía Clemente Alejandrino, versadísimo en la filosofía de Platon. *Cántanos, Homero, tu magnífico himno: LOS AMOROSOS HURTOS DE MARTE Y VENUS; pero no, enmudece; no es magnífico el canto que enseña la idolatría. Vuestros dioses, crueles é implacables con los hombres, oscurecen su espíritu....*»

Así se iba infiltrando el principio civilizador en las clases mas elevadas de la sociedad romana; ya los magnates, los patricios, las matronas, no se desdaban de creer: el sentimiento religioso se había ido propagando de las aldeas á las ciudades, de las grutas á las academias, de las chozas á los palacios: ¿cuánto tardará en subir hasta el trono imperial? Ya Alejandro Severo se había atrevido á poner la imagen de Jesus entre las de Abraham y Apolo. Marco Aurelio se había hecho semi-cristiano desde el prodigio de la Legión Fulminante; y de cristiano se murmuraba al emperador Filipo. Ya no solo se extendía la nueva fé por las provincias romanas, sino que había franqueado los límites y barreras del imperio; ya cundía por los pueblos bárbaros, y ganaba soldados donde no había llegado el vuelo de las águilas-romanas: allí se propagaba hasta por regiones y lugares en que ni siquiera se sabía que existía Roma, y que había un senado, y un hombre que se llamaba emperador.

Siendo España una de las mas importantes provincias del imperio, y teniendo tanta comunicación con la metrópoli, no pudo tardar en tener conocimiento de la doctrina que había venido á alumbrar al mundo. Una piadosa tradición, no interrumpida por espacio de diez y ocho siglos, hace á España el honor de haber tenido por primer mensajero de la fé cristiana al apóstol Santiago el Mayor, y de haberla predicado en persona en varias regiones de la Península: cumpliéndose así la profecía de que las palabras de los apóstoles llegarían hasta los confines del mundo. *El rayo, el hijo del trueno*, como le llamaba su maestro divino, derrama el fulgor de la fé en las comarcas de Galicia, donde siete de sus mas esclarecidos discípulos le ayudan á plantar la viña del Señor. Algunos de ellos le acompañan en su regreso á Jerusalem, á donde le llamaba la Providencia para coronar su celo. Allí recibe el martirio, y recogiendo sus discípulos el cadáver de su venerado maestro, se embarcan para Galicia, su patria, trayendo consigo el sagrado depósito. Dios permitió que el lugar en que se guardaron las cenizas del santo apóstol permaneciera ignorado, para que su prodigioso hallazgo diera, al cabo de ocho siglos, días de regocijo á la iglesia española y días de gloria al pueblo cristiano (1).

Con el propio objeto de difundir la doctrina del Evangelio en esta favorecida porción del globo, España tuvo también la gloria de ser luego visitada por el apóstol de las gentes, por el apóstol filósofo, San Pablo, que hasta en el palacio del mismo Neron había logrado hacerse discípulo y ganar prosélitos. El elocuente apóstol dirige su rumbo hacia las regiones de la Península á que no había podido llegar la voz del hijo del Zebedeo, y derrama por las comarcas de Oriente el conocimiento de la doctrina civilizadora del cristianismo (2).

La sangre de los mártires empezó pronto á colorear este suelo en que tanto había de prevalecer, y donde tanto había de fructificar la semilla de la fé. A pesar del influjo que en España ejercían los opulentos patricios, que atraídos de la belleza de su clima la habían hecho como una colonia de la aristocracia romana, no pasa el primer siglo sin que España vea algunos de sus hijos figurar

(1) Véanse Flores, España Sagrada, tom. III. Morales, Cron. general.—Medina, Grandeza de España.—Masdeu, Esp. Roman. tom. VIII.—Niegan los extranjeros la venida del apóstol Santiago a España y su predicación en nuestra Península. ¿Podremos dejar de respetar las tradiciones solo porque las niegan los extranjeros? No nos detendremos ahora a refutar sus argumentos negativos: otros lo han hecho ya victoriosamente antes que nosotros. Solo diremos en cuanto á las dificultades de tiempo, que desde el año 58 de nuestra era, en que suponemos la venida de Santiago, hasta el 42, en que acaeció su muerte en Jerusalem, tuvo tiempo de ejercer su apostolado en España y de volver á la Palestina.

(2) También hay extranjeros, aunque no tantos, que nos quieren disputar la gloria de la venida y predicación del apóstol San Pablo. Pero de ella por fortuna tenemos clarísimos testimonios. Su intención de venir á España la manifestó el mismo bien explícitamente en la Epístola á los romanos. *Cum in Hispaniam profecti essemus, spero quod prateriens videam vos.* Cap. XV. ver. 24. *Per vos profectur in Hispaniam.* Ibid. vers. 28. De haberlo realizado certifica San Juan Crisóstomo en la homilía 45 sobre la Epístola á los de Corinto, y en la X sobre la segunda carta á Timoteo; San Jerónimo en el libro IV sobre Isaías, y en el cap. 5 sobre el profeta Amós; San Teodoro en el Comentario sobre la Epístola á los Filipenses, y otros muchos de los primitivos santos padres. El año que San Pablo vino a España se cree haber sido el 60 de la era vulgar, y tiénese por cierto que vino por mar, y desembarcó en Tarragona, donde acostumbraban á hacerlo los consules y pretores, proponiéndose predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como en la Occidental lo había hecho ya el apóstol Santiago. El ilustrado Sr. Cortés, dignidad de la iglesia metropolitana de Valencia, ha recogido los mejores testimonios sobre este asunto en un librito titulado: *Compendio de la vida del apóstol San Pablo*, impreso en Valencia en 1849.

(1) «Los preceptos del cristianismo, dice Robertson, comunicaban tal dignidad á la naturaleza humana, que la arrancaban de la servidumbre deshonrosa en que se hallaba sumida. (Discurso sobre el estado del universo á la aparición del cristianismo).» Solo Gibbon se atreve á negar que fuese debido á la religion cristiana este admirable mejoramiento de la humanidad.

gloriosamente en el martirologio cristiano. Eugenio de Toledo es colocado ya, desde la segunda persecucion movida por Domiciano, en la nómina de los que vertieron una sangre generosa en obsequio del crucificado. En el segundo siglo imperando Marco Aurelio, y gobernando á Leon Tito Claudio Atico, se ofrecen Facundo y Primitivo en holocausto por la nueva fé, dejando con su valor y su constancia maravillados á sus perseguidores. Fructuoso de Tarragona, prelado de su iglesia, presenta el modelo del héroe cristiano, y con sus dos compañeros de martirio asombra y confunde al cruel ministro del despreciable Galieno (1). Los atletas de la fé se multiplican en el tercer siglo, y las vidas de los santos, «ese gran árbol genealógico de la nobleza del cielo», presentan ya en sus páginas un largo y auténtico catálogo de ilustres mártires españoles.

Mas cuando se vió aparecer en España huestes, legiones enteras de campeones de la fé de Cristo, fué en la horrible persecucion de Diocleciano. Entonces, cuando mas arreció la tempestad, cuando Daciano ministro mas sanguinario y cruel que habia tenido emperador alguno, levantó por todas partes cadalsos y multiplicó los suplicios; entonces fué cuando España acreditó que vivian en su suelo los descendientes de los que en Sagunto, en Astapa, en Numancia habian sabido sacrificarse arrojándose á las llamas por defender su libertad y sus hogares, y que los despreciadores de la muerte por sostener su independencia, lo eran tambien por sostener la fé una vez abrazada, cuando se intentaba arrancarles brutalmente la una ó la otra. Hombres, mugeres y niños desafiaban entonces con intrepidez el hacha del verdugo y la cuchilla del tirano. Toledo, Alcalá, Avila, Leon, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Mérida, Córdoba, Sevilla, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Tarragona y otros cien pueblos y ciudades, cuentan entre sus blasones cada cual su hueste de mártires. Daciano medita sacrificar en masa la poblacion cristiana de Zaragoza, y no pudieron contarse los mártires de Zaragoza porque fueron innumerables. El poeta cristiano Prudencio la llamó *Patria sanctorum martyrum* (2). La ciudad que habia de suministrar muchedumbre de mártires á la patria, comenzó por proveer de mártires á la religion.

Mas no eran solamente mártires los que producía la naciente iglesia española. Varones y prelados eminentes en letras producía ya tambien. Y Osio, el venerable obispo de Córdoba, el enemigo terrible del paganismo y de la heregia, lumbrera de la cristiandad y presidente futuro de casi todos los concilios de su tiempo, comenzaba á asombrar con su erudicion y con su fogosa elocuencia, no solo á España, sino al mundo entero.

Ni por eso negamos que hubiera en España defecciones y flaquezas lastimosas durante las persecuciones. ¿En qué pueblo del mundo no habrá espíritus débiles, ni qué nacion podrá blasonar de que todos sus hijos sean héroes?

Lejos estaba tambien de ser el cristianismo la religion dominante, ni en España, ni en las demas provincias del imperio romano en la época á que alcanza nuestro exámen. Paganos eran todavia los emperadores; idólatra se mantenía el senado romano; las magistraturas civiles y militares se conservaban en manos de los seguidores del antiguo culto, y la mayoría de los pueblos adoraba todavia á los viejos ídolos, y se postaba ante los dioses de la gentilidad.

En tal estado se encontraba el mundo cuando subió al trono de los Césares Constantino. Prosigamos ahora nuestra historia.

LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

CONCLUSION.

Unos cuantos dias después pasaba por la Hoz una litera enlutada rodeada de sacerdotes, páges, esclavos y soldados. Uno de estos habia acompañado á Froya cuando llevó á Floriana por aquel camino. El alcaide del castillo de Segóbriga iba al frente de la fúnebre comitiva. Llegados á vista del agujero á donde Floriana tiró la piedra, el soldado no pudo menos de decir al alcaide: la predicción que hay acerca de ese nicho, siempre se cumple de un modo ó de otro. Como Floriana metió en él un canto, era preciso que volviese por aqui viva ó difunta: el agujero queda cumplido. El alcaide se sonrió; pero

corroboró la idea del soldado diciendo: en efecto, la predicción de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas mas adelante celebraba la grandeza goda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer habia principiado el bacquete y á mas de la media noche no habia concluido: se habian retirado los ancianos; los jóvenes seguian bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Venderio y Frandila y el conde Evarico, amigos suyos con quienes habia tenido largos coloquios durante el festin.

—Continúa, dijo Venderio al principe, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa la romana era un ángel de Dios.

—Un ángel, repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos, porque la conversacion iba haciéndose general: los que no habian oido el principio, lo preguntaban á los que lo sabian.

—Que hable alto para que todos oigamos, gritaron algunos que se hallaban distantes.

Recesvinto prosiguió asi:

—Cuando yo dije á mi padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la mas ilustre dama de nuestra sangre; mi padre me tomó la palabra y me juró que si echas con Floriana rigurosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decia, se rehabilitaria mi matrimonio con ella. En medio de la exaltacion en que yo me hallaba, admiti las condiciones de mi padre porque conocia muy bien el inmenso valor de mi esposa: después temi las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazon demasiado fuerte, vais á mofaros de mi si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que después no pudiese amar al hombre que habia sido capaz de permitir su martirio. ¡Os reis como de una cosa extraña, inaudita! os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazon de un hombre: yo os juro que Floriana mereceria que se tuviese ese temor por ella. Mi padre me obligó á prometerle que mientras las pruebas duraban, yo me mantendria siempre distante de mi esposa; á la verdad, si yo hubiera sido testigo de sus amarguras, á pesar de mi edad y promesas me hubiera hecho traicion á mi mismo repetidas veces. Se disolvió nuestro matrimonio, Floriana fué reducida á la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa española se mostró siempre resignada á su suerte, respetuosa con su ama, fiel á su amor. Solamente fué capaz de faltar á él por el mismo amor que profesaba. Un amigo de Froya, ó mas bien un amigo nuestro que engañó á Froya, me ha dicho que la misma noche que fui preso y conducido á Segóbriga, el duque, determinado á matarme, ofreció á Floriana que me dejaria con vida si consentia en ser su esposa.

—Su esposa exclamaron con asombro todos los convidados.

—Su legitima esposa, contestó Recesvinto. Floriana consintió en dar la mano á Froya para salvarme; pero le obligó á jurar tambien que respetaria la vida de mi padre y permitiria que casasen las gentes de la raza goda con la celibérica.

—¿Eso prometió Froya? volvieron á exclamar los amigos de Recesvinto.

—Así lo dijo Froya á nuestro amigo Everedo en la mañana de la sublevacion. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos, esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

—Ya nos has convencido, replicó Frandila: mañana, hoy mismo, porque pronto ananecerá, vamos á proclamarte Rey en union con tu padre: cuando quieras promulgar esa disposicion, tendrás nuestro apoyo.

—A pesar, dijo Venderio, de lo impolitico que era el casarte con la romana, si viviera, la saludariamos Reina gustosos.

—Sí, sí, gritaron todos á una voz.

—Decis eso, replicó el principe, porque no existe: si viviera, pensarais de otro modo.

—No, no, no.

—No os creo.

—Lo juro, lo juramos. Por la fé, por el honor, por nuestro nombre.

—¿Jurais, repuso el principe, que si viviera Floriana, no llevarais á mal que revalidase mi boda con ella?

—Sí, sí, sí, gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó á una puerta de la sala, cubierta con un gran cortinaje, descorriólo de golpe y presentó á aquella juventud entusiasmada la candorosa figura de Floriana, que puesta de pié, ruborosa y confusa esperaba el fin de la conversacion.

—Floriana vive, clamó el enamorado Recesvinto: vedla, ved á mi esposa.

—¡Viva, gritaron todos; viva nuestra reina!

(1) Acta primorum martyrum, etc.

(2) Prudent. in Hymn. Martyr, Caesar Aug.—Actas de los Mártires.—Doming. Hist. tom. II.—Tertuliano, contemporáneo de San Ireneo, en el escrito que presentó á Escipula, presidente de Africa, refiere como entonces se ejercia la persecucion contra los cristianos de España por el presidente que se hallaba en Leon. Pero aun, es mayor el testimonio que ofrece en el libro contra los judios al c. 7 donde hablando de las regiones que habian abrazado la religion cristiana aplica el todo á la nacion española. *Maurorum multi finis; Hispaniarum omnes termini, et Galliarum diversae nationes.*

(Sisberto había confeccionado un narcótico para Floriana en lugar de un veneno y había dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraíso disponiendo la manera de frustrar la sublevación tramada por el duque Froya.)

La vocería de los convidados despertó á todo el palacio de Quindavinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blancos también, tenía un no sé qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron á contenerse en los límites de una moderada alegría. A aquella misma hora quisieron que se hiciese la proclamación de Recesvinto: hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron los clarines y se puso en arma á Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del príncipe que se hallaba en la ciudad de la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante de la iglesia donde juntos estaban orando. Toda la población que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la víspera del fausto día, corrió, voló, se precipitó á la plaza del pretorio. A un balcon anchuroso y largo salieron Flavio y Recesvinto llevando á Floriana en medio; á sus lados iban los dos prelados de Toledo y de Zaragoza, á los lados de estos y detrás en cuanto el balcon lo permitía, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica, los demás ocuparon los balcones inmediatos.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el sol, resplandeciente como nunca, para señalar el momento feliz de la emancipación de la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompían los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batían las palmas: los mantos volaban arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Quindavinto la mano y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo se hubiera de repente quedado desierto.

Godos ilustres, dijo el monarca, yo os he pedido que asociéis á mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

—Si, gritaron los próceres que se hallaban en el balcon principal: si, dijeron los que estaban en los balcones contiguos: si, dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

—Viva el príncipe, viva el Rey, viva Recesvinto.

Sosegado el primer estrépito de aclamaciones, el obispo Braulio hizo seña de que había mas que saber: el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

—Fieles que me oís, dijo con esforzada voz el obispo: hasta ahora por justos juicios del Todopoderoso ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido: desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber mas que un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió á todos. El Rey, el príncipe, la nobleza y la iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El príncipe Recesvinto, desposado antes con esta española que veis á su lado, renueva hoy su enlace con ella: la ley lo autoriza, la iglesia lo bendice, y yo me complazco en declarar á Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su sexo, y la mas virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevísimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indígena, fué inesplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguía la voz de *¡libertad!* ya la de *¡igualdad!* ya los nombres de Flavio y Recesvinto; pero mas veces y mas claro resonaba el nombre de FLORIANA. Aquella esclava que habían visto cruzar con los ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo llevando la falda á Teodosinda, aquella segunda Ester, mas mortificada que la primera, había conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escalados todos los balcones del pretorio, en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ramas para adornar con ellas los hierros de la fachada: el entusiasmo de los favorecidos se propagó á los bienhechores, disfrutando aquellos el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y estos la fruición inefable que siente el corazón de donde ha salido una acción magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pie del balcon donde agrupadas las personas de los reyes, los pontífices y la hija del Valle, se reunía en un punto lo mas sagrado que hay en la tierra: la fe verdadera y pura, el poder clemente y justo, la virtud heroica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel día Floriana en un caballo blanco como la nieve á ser nuevamente desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenían los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podían hacer dar un paso á sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre. Existía en una capilla, que cogía al paso, la caja ó concha de un

carro magnífico de guerra consagrado al Señor, como despojo el mas preciado que un general de Recaredo fundador de la capilla había ganado al Rey de los francos Gontramo en las inmediaciones de Carasona. El pueblo tomó aquella silla, ya convertida en andas, hizo subir á Floriana en ella y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo á la iglesia con una palma en la mano, descollando sobre el Rey, sobre el príncipe, sobre los caudillos y los guerreros: porque el día en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha como había sentido el mal sin exceso, dejábase conducir aventurando una ú otra mirada tímida á los lugares que habían sido testigos de su abatimiento; y entre los vivos afectos de gratitud que enviaba de su alma á los pies del Altísimo, dos ruegos tan solo le dirigía: felicidad para su esposo y para su pueblo, tranquila oscuridad para ella.

APÉNDICE DEL AUTOR Ó ORDENADOR DE ESTA CRÓNICA.

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España, y su nombre mismo han permanecido ignorados: si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de San Hermenegildo: su nombre hubiera encontrado lugar en la historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia: los monstruos nacidos para azote de la humanidad, immortalizan su memoria.

El nombre de FLORIANA, que lleva la heroína en esta narración, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano D. Julian Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de S. Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas que tenía en la cubierta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traducción de un códice latino que se descubrió, y pude haber á las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga*. Al pie de la primera página, que como era natural principiaba con el título de la obra y decía: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado) *escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal Segobrigense en la Celtiberia*, se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero. *Se obligacion mia divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos después el pueblo de mi naturaleza Valparaíso de Abajo, distante 2 leguas de Cabeza del Griego*. Desde que muertos mi abuelo y padres vinieron á mi poder algunos escritos de mi tío D. Julian Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y esquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto, pero todas han sido sin fruto: privado del original, he tenido que contentarme con la copia, á cuyo testo me he arreglado fielmente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de este y por lo que conviene á mi propósito, reproduzco aquí la introducción á la letra.

«Bajo el amparo (dice) de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la santa Iglesia episcopal de Segóbriga, me propongo referir compendiosamente las heroicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas réginas de origen godo que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de ver la admiración que yo y todos los descendientes de los españoles indígenas y de los romanos (conquistadores nuestros; pero confundidos ya con nosotros), profesamos á la gran princesa restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de aparezca en este breve libro que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores y labor tan delicada y prolija como la que he empleado en el códice ó asuntuoso de los muchos que tengo hechos como escribiente de esta santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré, Dios mediante, siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiese, comenzo así. En el año 686, etc.

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece que se lo recelaba; bien fuera porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara mas adelante; bien porque le faltase tiempo ó vida para cumplir su designio; ello es, segun advierte mi tío, que el códice original estaba plagado de huecos dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina, siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea por ser mas delicada; no llegó á principiarla; y la Reina por consiguiente se quedó anónima para la posteridad, porque aquella Reciberga que algunos autores han dado por esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fé á otros, lo fué de su padre.

Oigamos á mi tío las circunstancias con que se verificó el bautismo de la princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra.

Pareciéndome una profanación (escribe en sus notas) dar un nombre supuesto á un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia.

Tomé el Martirologio romano, impreso en Roma en 1585; llamé á la hija de mi hermano, María, niña de pocos años que aun no sabía leer entonces, y le entregé el libro mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese; obedeció la niña á su modo, introduciendo el índice por la página 251 y los dedos restantes por la 684. Pregunté entonces cual de las dos páginas me designaba; y la criatura con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Oí servó entonces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos, en ambas páginas había dos santos de un mismo nombre, San Floriano mártir, de quien se hace mención á 4 de mayo, y San Floriano mártir también, de quien se lee á 17 de diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofusó; de suerte que me persuadí con toda certeza de que por divina permisión había hallado el propio nombre de la esposa de Reccasvinto, abuelo paterno del gran Peláyo; y sin escrúpulo ninguno planté á mi traducción por título *Historia de la reina Floriana*. Borré poco después el nombre, porque una reflexión me agió todo el contento que me había producido el hallazgo maravilloso; recordé que tenemos en España la palabra *fulano* para indicar una persona cuyo nombre se ignora ó omite, y discurriendo sobre la etimología de la *v* y *z*, me ocurrió la sospecha siguiente. Los *Fruelas*, *Froilas*, *Froilanes* y *Froilanos* que todos es uno abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauración y siglos inmediatos; quizá (como ahora, porque abundan los *Pedros*, llaman *Pedro* Fernandez á cualquiera) llamarían entonces un *Froilano* á todo desconocido; y de aquí mas adelante se formaría el *fulano*. El *Froilano* gótico probablemente sería el *Floriano* latino; y si esto es así, indudablemente esta de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, puesto que ni aun se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana* en nuestro país no es nombre, sino sustitución indeterminada por el nombre que se desconoce; de modo que titular este escrito *Historia de la reina Floriana*, equivale á escribir *Historia de la reina Doña Fulana*, es decir, una Reina sin nombre.

FIN.



(Los placeres del invierno en Rusia.)

LA BARAJA INTERPRETADA.

ANÉCDOTA INGLESA.

Estábase celebrando el servicio divino en la iglesia de Glasgow, cuando Ricardo Middleton, soldado raso, que asistía á él con la mayor devoción, en lugar de sacar del bolsillo el ejercicio cotidiano ó cualquier otro libro devoto para buscar como sus compañeros las oraciones propias del caso, estendió delante de sí una baraja. Esta conducta singular llamó la atención del sacerdote celebrante y del sargento de la compañía, el cual ordenó á Ricardo que guardara la baraja; pero habiéndose negado éste á hacerlo, le condujo el sargento al salir de misa, ante el magistrado principal de la ciudad, y dió queja de la conducta inconveniente del soldado. «Qué excusa puede usted dar, le preguntó el juez á un proceder tan extravagante y escandaloso? Si tiene V. razones legítimas que alegar, le escucharé, pero de lo contrario, esté V. seguro de que le haré cartigar severamente.»

—«Ya que la bondad V. S. me permite sincerarme, contestó Ricardo, le suplico que me escuche. Acabo de hacer una marcha de ocho días con un pré de seis peniques (1), los cuales, como V. S. conocerá, apenas alcanzan para suministrar á un hombre el alimento necesario, y permitirle que satisfaga las primeras necesidades de la vida; no le extrañará, pues, á V. S. que carezca de Biblia, libro de oraciones y demas obras. Ahora bien, véase como me compongo.» Entonces sacó otra vez Ricardo su baraja, y la estendió delante del juez, explicándose de este modo: «Cuando veo un *as*, permitidme que lo diga, me acuerdo de que no hay mas que un Dios. Cuando veo un *dos* ó un *tres* recuerdo al Padre y al Hijo, ó al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; el *cuatro* me hace pensar en los cuatro Evangelistas san Marcos, san Lucas, san Matías, y san Juan; el *cinco* me representa á las cinco Virgenes juiciosas que debían echar aceite en su lámpara, debían ser diez, pero V. S. recordará que había cinco Virgenes juiciosas y otras cinco que no lo eran. El *seis* me dice que en seis días creó Dios la tierra; el *siete* que descansó el séptimo día; el *ocho* que hubo ocho personas virtuosas que se salvaron del diluvio universal, y fueron Noé, su esposa, sus tres hijos y sus tres nueras; el *nueve* los nueve leprosos purificados por el Salvador; eran diez,



(Los placeres del invierno en Rusia.)

pero solo uno se lo agradeció; el *diez* los diez mandamientos de la ley de Dios.» En seguida cogió Ricardo la sota (2), y la puso aparte; pasando después a la reina (3), continuó: «Esta reina me hace recordar á la reina de Saba que vino desde el extremo del mundo para admirar la sabiduría del rey Salomón; y el *rey* me hace recordar al rey de los cielos y á nuestro monarca Jorge III.» «Muy bien, dijo el magistrado, me ha dado V. una explicación satisfactoria de todas las cartas menos de la *sota*.» «Si V. S. tiene á bien no incomodarse conmigo, le explicaré esta carta con la misma oportunidad que las demas.—No por cierto, no me enfadará.

—Pues bien las *sotas* son los *pícaros*, y el mayor de todos es el sargento que me ha traído á presencia de V. S.—No sé, dijo el juez, si es el mas pícaro, pero al menos es el mas tonto de nosotros dos.

—El soldado prosiguió: «Cuando cuento el número de puntos que

(1) Seis peniques ingleses que vienen á ser 21 cuartos españoles.

(2) Llámase en inglés la sota *Kuave*, y significa esta palabra *esta* ó *pícaro*.

(3) En la baraja inglesa como en la francesa, en lugar de un caballo hay una reina.

marcase las cartas halló un total de 363, igual al de los días que tiene el año; cuando cuenta el número de cartas, halló 52: estas son las semanas que tiene el año. Cuando cuento el número de bazas, encuentro 12 que son los meses que hay en el año. Ya vé V. S. que mi baraja es para mí al mismo tiempo una biblia, un libro de oraciones, y un almanaque. » Escusado es decir que fué perdonado Ricardo, y que recibió del juez una buena propina.

De la edición-príncipe de la Historia de España del P. Juan de Mariana, fabricada, compuesta y aderezada en casa de los editores Gaspar y Roig para confusión de Monfort y de Ibarra, y de todos los impresores que ha tenido y tiene el mundo.

ARTÍCULO I.

Pues aconteció que amanecieron un día embadurnadas las esquinas de toda ciudad y toda aldea en los anchos confines de las Españas, y todo el que tuvo ojos para ver y ciencia para deletrear cartelones, topó con un anuncio que en buena abreviatura y compendio venía á decir lo que acabamos de poner por título y epigrafe de este artículo. La renta de correos subió notablemente aquel mes con los productos de tanto *fardo* de prospectos como fueron á invadir (¡nueva y voracísima langosta!) las áreas y bolsillos de estos buenos y á veces simples moradores de nuestra tierra. No hubo calle ni plaza adonde no pregonaran la *buenos nueva*, el evangelio de los señores Gaspar y Roig, algunos de sus amigos, no movidos del tanto por ciento de ganancia, no deseando suscripción numerosa para hacer ricos á los editores-gemelos, ni queriendo tampoco dar eso que ahora llaman *puff* á las gentes, sino ansiosos por traer mas renombre á Mariana, mas gloria á España, mas envidia y admiración al universo. Ni faltaron algunos de ellos que condolidos al ver incompleta y manca la obra del gran padre Mariana, se ofrecieron á corregirla y continuarla. Toda la España literaria y artística se puso en movimiento; allí fué el rebuscar y compendiar *homeopáticamente* los estudios y notas de otros editores menos famosos, allí el copiar á diestro y siniestro trages y máquinas de guerra, que acaso para los cartagineses se tomaron de libro extranjero que figuraba á los francos, y acaso para los godos se imitaron y dibujaron de aquellos valientes Cruzados que á la voz de Pedro el Ermitaño se levantaron de sus tierras para rescatar á Jerusalén. Decía un fabulista francés para defender ciertos hurtos que debía á la literatura española que aquello que se toma de los extranjeros no ha de llamarse *robo*, sino *conquista*. Pues dando por buena la sentencia del fabulista, nadie podrá negarnos que Alejandro y Cesar y Thames-Khoulis-Kan fueran pueriles infantes ó niños de *teta*, como dice otro, para medir y comparar las suyas con las conquistas que para su obra hicieron los señores Gaspar y Roig entre propios y extraños.

Pero (¡funesta conjunción adversativa!) murieron los cartelones y nacieron las entregas y tomos de la nueva edición y edición-príncipe, salida á luz en mal hora para tantas docenas de ediciones anteriores. En vano aquel triste de Monfort publicó los tomos de su nombrada edición de Valencia; todo aquel mérito tipográfico lo eclipsaron los Sres. Gaspar y Roig con la incomparable tipografía de su edición novísima. Tal vez diga algun escrupuloso que la edición de los Sres. Gaspar y Roig es de mal gusto y en nada comparable á la de Monfort y otras por la poca gallardía de los caracteres, la ridícula estrechez de las márgenes, lo sobrado ancho de cada página, si se compara con el largo de ellas, y otros peros por el estilo; mas lo cierto es que los editores gemelos, han dado y declarado su edición por la mejor de todas, y siendo ellos hombres de verdad no es de sospechar siquiera que hayan pretendido engañar al público con ninguna insigne mentira. Otros mal intencionados podrán decir que las pocas notas que contiene la obra están malamente extractadas de la edición de Sabau, habiendo suprimido muchas que si no absolutamente las que mas, eran sin duda de las que mas importancia tenían; pero á bien que los señores Gaspar y Roig dan por *enriquecida* de ellos la historia de Mariana con *notas históricas y críticas*, y no es posible que neguemos del todo al todo cosa que tan graves personas afirman. Para confusión de maliciosos, para vindicación de la obra de los señores Gaspar y Roig, para que conste y se dé por cierto de hoy mas que con efecto su edición del Mariana es tal edición-príncipe y que con ella han levantado un monumento de gloria al célebre jesuita y á la nación española, vamos á dar vuelta por algunos capítulos y á recorrer algunas páginas, comenzando por la vida del autor. Era de suponer que el biógrafo y los editores del Mariana defendieran al docto y elocuente jesuita de las imputaciones falsas y de las apasionadas críticas que se le han dirigido en los últimos tiempos. Su historia, así por lo elocuente, castizo y clara del estilo, como por la buena disposición de las partes, las profundas máximas y sentencias que lleva mezcladas en la narración, otras equalidades de tan alto precio como estas, habrá de ocupar

siempre lugar de preferencia en la biblioteca de todo estudioso y amante de las cosas de España. Pero aun no es lo hermoso del estilo ni lo grave de la sentencia el mérito mas grande que hay que atribuir á Mariana en la composición de su obra. Cuantos hayan tenido ocasión de compulsar antiguos cronicones y papeles viejos pueden haberse maravillado al contemplar cuán rigurosamente sacada de ellos está la narración de Mariana. El extracto y presentó bajo una forma mas elegante y mas noble, con unidad, con conciencia las largas páginas y la multitud inmensa de noticias esparcidas por aquí y por allá en los historiadores latinos de la república y del imperio, en los narradores godos que, aunque con brevedad, nos dan harta noticia de las cosas de su tiempo, en los pergaminos ocultos durante algunos siglos por los monasterios y catedrales; en los cronistas que ya abrazando en sus obras todo lo general de España desde las mas remotas edades, ya ciñéndose á contar los hechos de una provincia ó ciudad solamente, ora describiendo campañas de dentro de la península, ora narrando las acontecidas del otro lado del mar, se multiplicaron, abundando mucho, en los tres siglos que le precedieron. Parece nimia á veces la exactitud con que ajusta su relación á las páginas antiguas que extracta, pero mas bien mueve á maravilla y sale sin querer la alabanza de los lábios al mirar cuánto trabajo, cuánta constancia, cuánta vigilia hubo de costarle por esta traza el componer su historia.

En estos y otros razonamientos semejantes se cifra la justificación y defensa de Mariana contra sus imprudentes detractores. Ninguno de ellos podrá negar que el juicio de Mariana fuera grande para distinguir y separar el error de la verdad. Allí donde el sábio jesuita encontró dos versiones de un mismo suceso eligió casi siempre la mas verosímil, la mas fundada. Ni podía pedirle mas. Era arriesgado y ageno aun del juicio severo de Mariana, y de su propia conciencia desmentir con hipótesis mas ó menos aventuradas, con razonamientos mas ó menos ajustados á la exactitud lógica lo que hombres de gran seso, y autorizados los mas de ellos habian dado y transcrito como cierto en sus libros. En los días de Mariana el cristianismo llenaba de fé la tierra, y era imposible que él, católico y mas aun sacerdote de aquella religion santa, se levantase y clamase contra las creencias de todos los escritores que le precedieron en tal camino, y antepusiera un juicio escéptico fundado en su propio orgullo, al juicio venerable siempre de la antigüedad. Si quieren decir los detractores de Mariana que no tuvo valor para romper enteramente las trabas de la autoridad, no hay por cierto que defender á nuestro autor de semejante cargo; dentro de los limites de lo justo fué acaso el pensador mas libre de su siglo; fuera de aquello que entonces no lo era, ni pudo, ni quiso, ni debió echar á volar su pensamiento. Un siglo entero de revolucion en las ideas y otro de revolucion en los hechos han venido á poner al género humano en muy diversa situación que estaba cuando vivía el padre Mariana. Hemos substituido un criterio á otro criterio, hemos puesto en lugar de la razon antigua una razon nueva, que aun se duda, y no sin motivo por cierto si es superior á la otra.

Algo de esto que hemos apuntado, y perdonémoslo que nos hayamos dejado distraer del amor á las cosas de España y al hombre ilustre que levantó para ella monumento tan alto, algo de esto, repetimos, hubiéramos querido ver, ó mas bien hemos echado de menos en la biografía de Mariana que vá de introducción á la edición de los señores Gaspar y Roig. En el estado que alcanza la critica, y en el punto de duda á que ha llegado la reputación de Mariana, para hacer una gran edición de su historia era de obligacion manifiesta el poner al frente de ella un estudio severo y concienzudo que así revelase las bellezas de la obra escondidas para muchos, como colocara los errores bajo su verdadero punto de vista, combatiendo y refutando las amargas diatribas de algunos críticos modernos. Pero por el contrario, nos hemos encontrado con una biografía que en nada se parece por cierto á las de Plutarcó, y algunos párrafos superficiales y en poco castizo estilo conque se pretende llenar el vacío que nosotros, mas largamente, dejamos señalado. Casi toda la defensa de Mariana se reduce en la edición de los Sres. Gaspar y Roig á llamar al célebre Carlos Romey « injusto, severo y el mas desautorizado de los censores de Mariana. » Lo de injusto no nos admira, solo que en nuestra opinion falta el haberlo probado, como pudo y debió el biógrafo; lo de severo es cierto; pero llamar *desautorizado* á uno de los hombres mas ilustres y mas sábios que han tratado de las cosas de la España, es injusticia notoria, si ya no es que podamos apellidarla ignorancia. Carlos Romey, como otros muchos críticos de su nación y de su época, es injusto, sobradamente injusto con lo pasado; pretende ajustar vanamente á su criterium las concepciones y los hechos de hombres y siglos que se encontraban en muy diversa situación que él. Pero de aquí á negarle que sea uno de los escritores mas autorizados en materias españolas, vá una diferencia grande, como nunca el amor patrio debió ocultar, al biógrafo de Mariana. Tras de esto el mismo

biógrafo acusa á Mariana de no haber tratado de las cosas de los árabes con toda estension, y aun de haber olvidado muchas veces las mas simples nociones de sus leyes, costumbres y organizacion civil. De todas las impugnaciones que han hecho los extranjeros á la historia del Padre Mariana, ninguna nos parece ni mas injusta, ni mas impropia, que esta que prohija quien pretendió escusar sus errores en la nunca bien ponderada edicion que vamos recorriendo. Ya sabemos que el argumento y la impugnacion no pertenecen al biógrafo, le acusamos de haberlos prohibido tan simplemente. Para nuestros padres, los árabes no fueron nunca españoles, sino solo un pueblo extranjero que ocupaba y tiranizaba tierras de España. Exigir al padre Mariana que hubiera tratado de las cosas de los árabes como de las de los cristianos, porque se encontraban y peleaban en un mismo terreno, vale tanto como decir que el Conde de Toreno, y cualquiera otro historiador de la guerra de la independencia, debió de tratar de las cosas de Francia como de las nuestras, dada la usurpacion casi completa de nuestro territorio. Los árabes eran para nuestros antepasados un ejército enemigo, acampado siempre en sus campos y posesionado de sus fortalezas; aquellos pueblos no eran hermanos, aquellas nacionalidades, como ahora se dice, nada tenían de comun, y el escritor castellano lo propio, ó mas sin duda que de los hechos de los árabes, pudo tratar de las instituciones y los hechos de Alemania, Inglaterra, Italia y Francia.

Algo mas fundada habria parecido la critica de los escritores extranjeros y del novel biógrafo de Mariana si se hubieran fijado en el olvido en que dejó á veces el padre Mariana las cosas de otros reinos mas allegados á nosotros que los árabes, como que eran hermanos nuestros y profesaban el propio culto y tremolaban la misma bandera que nosotros en los combates, Navarra, Aragon, Cataluña, Portugal y otras provincias tuvieron principes é instituciones que Mariana olvidó tanto ó mas que las cosas de los árabes. Pero tanto para esta como para la otra objeccion hay que tener presente el alto pensamiento que tuvo Mariana en la composicion de su obra. Allí la unidad es Castilla, la idea de la superioridad que al fin alcanzó en los dias prósperos del siglo XVI se nota y advierte desde los primeros pasos. Todo lo que acontece en los demas reinos de España viene á servirle al historiador como para mas aclarar y poner de manifiesto la marcha triunfal de Castilla por enmedio de los siglos, y cuando le viene á cuento para ello trae tambien á colacion los sucesos de las naciones extranjeras puestas del lado allá de los Pirineos.

Y al tratar de omisiones haremos notar una cosa que en nuestro segundo artículo habrá de verse mas de manifiesto. Si los señores

Gaspar y Roig querian publicar una edicion del Mariana nada menos que *completada y enriquecida con notas históricas y críticas* ¿por qué no repararon semejantes omisiones? y ¿por qué no pusieron la obra en el punto que exigen de ella las necesidades y las opiniones del siglo? ¿Por qué el biógrafo que acusó al célebre jesuita de no tratar bien de las cosas de los árabes no puso y añadió á la nueva edicion en lugar de tantas notas inútiles algunas que revelasen los profundos conocimientos que tendrá sin duda en las historias que los mismos árabes nos dejaron escritas? Bien pudieran haber aprovechado para ello los estudios de ese mismo Romey, á quien osa llamar desautorizados; buena materia le habrian dado los escritos de Gayangos, de Dozy y otros célebres orientalistas. Pero este asunto de las notas que faltan y de las notas que hay, requiere mas estension y es digno de que le tratemos en artículo aparte, ya que fué tanto el escándalo y tales las ponderaciones de los señores Gaspar y Roig sobre su edicion de la historia de Mariana, que nosotros y con nosotros muchos de sencillez y bondad de corazon llegaron á pensar que se trataba de hacer una verdadera edicion *príncipe*, así por la nunca vista riqueza tipográfica, como por lo sabio, grave y extenso de las anotaciones críticas que habian de acompañarla.

Solo ditemos para concluir este artículo que desde la portada está revelando la nueva edicion cuán poca conciencia se ha puesto en ella. Allí se dice que es *la enmendada y añadida por Mariana*, sin cuidarse de que se encuentren en tal caso nada menos que tres ediciones una de 1608, otra de 1617 y la última de 1625, publicada tambien en vida del autor y corregida por él.—Sobre cuál de estas correcciones merece mas fé han andado disordes hasta aquellos eruditos, pero los nuevos editores sin pararse en *petillos* han dado por resuelta ya la cuestion, sin dar siquiera satisfaccion de su conducta.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 42.

En boca cerrada no entran moscas.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el número próximo recibirán nuestros lectores un nuevo prospecto del SEMANARIO, de LA ILUSTRACION y de un periódico diario que vamos á fundar, para hacer un obsequio á nuestros suscritores que le recibirán gratis.

